

EVA EN LOS MUNDOS: EL IDIOMA DE LAS EMOCIONES PARA DENUNCIAR LAS INJUSTICIAS.

Sofía Casanova, Carmen de Burgos, Marina Tsvietáieva, Rebecca West, Hayashi Fumiko, Martha Gellhorn, Annemarie Schwarzenbach, Edna O'Brien, Joan Didion, Janet Malcolm, Helen Garner, Svetlana Aleksievich y Leila Guerriero: trece mujeres, escritoras y cronistas; rebeldes, combativas e inquietas; algunas muy conocidas, otras caídas en el olvido o censuradas. Puntos en común: su sentido de la solidaridad y de la justicia, su defensa y apoyo a los desfavorecidos, su espíritu crítico, su capacidad para describir el mundo que las rodea, su odio hacia la idea de una mujer sumisa, dócil y casta. Diferencias: su mirada observadora, su visión de la realidad que relatan a través de la escritura, cada una con su código de representación, su ideología, su identidad.

De la mano de Ricardo Martínez Llorca, estas mujeres toman la palabra. Su periodismo narrativo desafía el pensamiento occidental, caracterizado desde siempre por un sistema binario y jerarquizado, dividido por una línea de demarcación neta entre espacios masculinos y femeninos donde los hombres ocupan el polo positivo y las mujeres el negativo. Una dicotomía que ha conferido al hombre el poder de nombrar el mundo, de crear un lenguaje y sistemas simbólicos según su manera de ver y sentir la realidad, relegando a la mujer a un espacio periférico y marginal. Un silencio impuesto que, sin embargo, no ha acallado la necesidad de las mujeres de encontrar un lugar para su cuerpo y sus pensamientos, de debelar el papel de ama de casa e irrumpir en la escena pública imponiéndose como nuevo ser pensante de la sociedad. La “nueva mujer”, cuya imagen avanza en la esfera pública, exige el derecho a hablar, rechaza las convenciones sociales, y empieza un proceso de valorización del femenino en todos los aspectos de la actividad humana. La experiencia será fundamental en la construcción del sujeto, y sus vivencias, transmitidas a través del lenguaje, se harán visibles para convertirse en material ideal para la escritura, lugar privilegiado para la representación de la subjetividad. Asimismo, el discurso de la mujer/escritora empieza a subvertir el orden impuesto por una sociedad machista, desafiando el aparato ideológico y las instituciones de la sociedad patriarcal.

No obstante, para las protagonistas de *Eva en los mundos* la escritura es mucho más que el despertar del espíritu femenino: es producto de un espíritu complejo, culto y rebelde, de lo que se ha vivido transformado en signo, en discurso; es adquisición de la conciencia de identidad y literaria, que las llevan a empezar su proceso revolucionario, a apropiarse de la voz de los miserables, los humillados y los ofendidos para denunciar las injusticias y la falta de humanidad.

Luchan contra la tradicional inferioridad de la mujer, a favor del sufragio universal, del derecho al divorcio y a la educación universal del mismo modo que denuncian los horrores de la guerra, el terror, la indefensión, el analfabetismo del campesinado y el maltrato al que se somete.

Con su mirada fría, lúcida e intelectual, documentan la guerra y dan fe del hambre, las enfermedades y el genocidio. Son testigos directos de la tragedia de un pueblo y de una realidad cruel que cuentan y tratan de entender. La suya es una literatura testimonial llena de humanidad, “sus escritos son un claro ejemplo de la deshumanización que hacemos sobre los otros cuando dejamos de verlos como personas para pasar a considerarlos el enemigo”. Aborrecen el odio, la indiferencia, el olvido y la resignación, y lamentan la falta de respeto hacia los demás y la naturaleza.

Activistas por los derechos humanos, antes el anhelo de paz, ofrecen esperanza. Su fuerza motriz es la pasión, el amor por el próximo y un pacifismo convencido. A través de su conciencia periodística y su mirada humanitaria, ambicionan con valentía, rectitud y dignidad, la transformación social y dar rienda suelta a la rebelión, “creyendo que si algo salva a la humanidad son los pequeños gestos que nos hacen dignos, aunque solo sea por un momento”.

Sus obras no quieren ser un simple listado de batallas, victorias y derrotas, sino dar a conocer de primera mano la vida de la gente, mujeres, niños y hombres, “arrojar un poco de luz sobre la frecuente imposibilidad de saber la verdad sobre los demás o sobre nosotros”, y tratar de entender “ese sinsentido que es el comportamiento humano, tantas veces acobardado, dispuesto a actuar bajo la única premisa de lo que es más fácil”. Sus obras son memoria compartida, enseñanza de la lealtad, una mirada existencialista hacia la humanidad que “no podrá llegar a una mayor perfección ética mientras admire la gloria de los héroes”. “Para ellas lo principal es aprender a no odiar, o desaprender como se odia. Porque si existe el odio, entonces existe el enemigo. Y si a una persona se la tacha de enemiga, se la desnaturaliza, se la priva de dignidad, de su condición humana”.

Trece mujeres, algunas rechazan la ley y el orden, otras son más conservadoras. Algunas son perseguidas por sus ideales de justicia social y sus denuncias contra la guerra y los abusos; otras, prisioneras de su cuerpo y con un precario equilibrio interior, reflexionan sobre su propia cultura y subjetividad en una dimensión geográfica y espiritual diferente.

Todas, atentas a la realidad de los marginados, quieren poner voz a quien no la tiene. Todas han decidido por sí mismas, eligiendo su propia forma de vida sin esperar que el destino lo hiciera por ellas. Todas están convencidas de que “en la vida hay cosas por las que merece la pena pelear”.